



## Casilda, la hija del Rey Moro

Era el rey de Toledo el moro Almerón con quien el Rey de Castilla, D. Fernando el Grande, mantenía cordial amistad.

Este Rey moro tenía una hija muy hermosa y compasiva, llamada Casilda.

Una esclava castellana contó a la hija del rey moro que los nazarenos amaban a su Dios y a su rey, y a sus padres, y a sus hermanos y a sus esposas.

También contó la esclava a la hija del rey moro que los nazarenos nunca quedan huérfanos de madre, porque cuando pierden a la que les concibió en sus entrañas, les queda otra, llamada María, que es una madre inmortal.

Pasaron años, y Casilda fué creciendo en cuerpo, en hermosura y en virtud. Se le murió su madre, y envidió la dicha de los huérfanos nazarenos.

En los confines del jardín que rodeaba el palacio del rey moro, había unas lóbregas mazmorras, donde gemían, hambrientos y cargados de cadenas, muchos cautivos cristianos.

Sucedió que un día fué Casilda a pasear por los jardines de su padre y oyó gemir a los pobres cautivos. La princesa mora tornó al palacio llero su corazón de tristeza s.

### II

A la puerta del palacio encontró Casilda a su padre y, arrodillándose a sus pies, le dijo:

Padre, Señor padre: En las mazmorras de allende los jardines gime

muchedumbre de cautivos. Quitales sus cadenas, ábreles las puertas de su prisión y déjalos tornar a tierras nazarenas, donde lloran por ellos padres, hermanos, esposas amadas.

El moro hendió a su hija en el fondo de su corazón, porque era bueno y amaba a Casilda como a la niña de sus ojos.

El pobre moro no tenía más hija que aquella.

El pobre moro amaba a Casilda porque era su hija, y porque era, además, la imagen de la dulce esposa cuya pérdida lloraba hacia un año.

Pero el moro, antes que padre, era musulmán y rey, y se creía obligado a castigar la audacia de su hija.

Porque compadecer a los cristianos era un crimen que el profeta mandaba castigar con la muerte.

Por eso ocultó la complacencia de su alma, y dijo a Casilda con airado semblante y voz amenazadora:

— Aparta, falsa creyente, aparta. Tu lengua será cortada y tu cuerpo arrojado a las llamas, que tal pena merece quien aboga por los nazarenos.

E iba a llamar a sus verdugos para entregarles su hija.

Pero Casilda cayó de nuevo a sus pies, demandándole perdón en memoria de su madre.

El pobre moro sintió sus ojos arrasados en lágrimas, y estrechó a su hija contra su corazón, y la perdonó, diciendo:

— Guárdate, hija mía, de pedir otra vez por los cristianos y aun de compadecerlos, porque entonces no habrá misericordia para tí; que el santo Profeta ha escrito: Exterminado será el creyente que no extermine a los infieles.

### III

Cantaban los pájaros; era azul el cielo; era el sol dorado; se abrían las ficres, y el aura de la mañana llevaba al palacio del rey moro el perfume de los jazmines.

Casilda estaba muy triste y se asomó a la ventana para distraer sus melancolías.

Los jardines le parecieron entonces tan bellos, que no pudo resistir a su encanto y bajó a pasear su tristeza por sus olorosas enramadas.

Cuentan que el ángel de la compasión en forma de hermosísima mariposa le salió al paso y encantó su corazón y sus ojos.

La mariposa volaba, de flor en flor, y Casilda iba en pos de ella, sin conseguir alcanzarla.

Mariposa y niña tropezaron con unas recios muros; la mariposa penetró por ellos, dejando allí inmóvil y enamorada a la niña.

Tras aquellos recios muros oyó Casilda tristísimos lamentos, y entonces recordó que allí gemían, hambrientos y cargados de cadenas, los pobres nazarenos, por quienes en Casilda lloraban padres, hermanos, esposas amadas.

Y la caridad y la compasión fortalecieron su alma e iluminaron su entendimiento.

Casilda tornó al palacio, y tomando viandas y oro, tornóse hacia las mazmorras, siguiendo a la mariposa, que volvió a presentarse a su paso.

El oro era para seducir a los carceleros, y las viandas eran para alimentar los cautivos.

Oro y viandas llevaba recatadas con la falda de su vestido, cuando al volver una calle de rosales, tropezó con su padre, que también había sa-

lido a distraer allí sus melancolías.

—¿Qué haces aquí tan temprano, luz de mis ojos?

La princesa se puso colorada como las rosas que mecía a su lado el aura de la mañana, y al fin, contestó a su padre:

—He venido a contemplar estas flores, a oír trinar estos pájaros, a ver el sol reflejarse en estas fuentes y a respirar este ambiente perfumado.

—¿Qué llevas envuelto en las faldas de tu vestido?

Casilda llamó desde el fondo de su corazón a la Madre inmortal de los nazarenos, y respondió entonces a su padre:

—Padre y Señor: llevo rosas que he escogido de estos rosales.

Y Almerón, dudando de la sinceridad de su hija, tiró de la falda del vestido de la niña y una lluvia de rosas se derramó por el suelo.

IV

Pálida estaba la niña, pálida como las azucenas de los jardines del rey moro, su padre.

Pálida estaba la niña, y el rey moro se moría de pena viendo morir a su hija.

La licencia de los médicos de Toledo no acertaba a devolver la salud a la princesa, y entonces Almerón llamó a su corte a los más afortunados de Sevilla y Córdoba.

Pero si impotente había sido la ciencia de los primeros, impotente era también la ciencia de los segundos.

—Mi reino y mis tesoros daré al que salve a mi hija—exclamaba el pobre moro viendo a Casilda próxima a exhalar el último suspiro.

Pero nadie acertaba a ganar su reino y sus tesoros que la sangre continuaba colorando, arrojada a borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

—Mi hija se muere—escribió el rey de Toledo al rey de Castilla. Si en vuestros reinos hay quien pueda salvarla, que verga a mi corte, que yo le daré... mis reinos, mis tesoros, y hasta le daré mi hija.

V

Por los reinos de Castilla y de León sonaban pregones anunciando que el rey moro de Toledo ofrecía al que devolviera la salud a su hija su

reino y sus tesoros, y hasta la hija cuya salvación anhelaba.

Y cuentan que un médico de Judea se presentó al rey de Castilla ofreciéndole tornar la salud a la princesa mora.

Y era tal la sabiduría que brillaba en las palabras de aquel hombre, y tal la fe que inspiraba la bondad que resplandecía en su rostro, que el rey de Castilla no vaciló en darle cartas (asegurando a Almerón que le enviaba con ellas el salvador de la princesa Casilda).

Apenas el médico venido de la Judea tocó la frente de la niña la sangre cesó de correr, y el color de la rosa empezó a asomar en las mejillas de la enferma.

—Tomad mi reino—exclamó Almerón, loco de alegría y llorando de agradecimiento.

—Mi reino no es de este mundo—respondióle el médico venido de Judea.

—Tomad mi mayor tesoro—repuso el rey de Toledo, designando al médico su hija.

—Allí hay unas aguas purificadas que han de completar la salvación de la virgen musulmana.

Y al día siguiente la princesa Casilda pisaba la tierra de los nazarenos, acompañada aún del médico venido de Judea.

VI

Casilda y el médico venido de Judea, caminaban, caminaban por la tierra de los nazarenos; y al fin se detuvieron a la orilla de un lago de aguas azules.

El médico tomó algunas gotas de agua en el hueso de la mano, y exclamó, derramándolas sobre la frente de la princesa.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo.

Y la princesa sintió un bienestar inefable, parecido al que allá, en su niñez, le había contado la esclava nazarena que sentían los bienaventurados en el paraíso.

Y sus rodillas se doblaron, y sus ojos se fijaron en la bóveda azul del cielo, y en torno resonaron dulcísimos hosannas, que le hicieron volver la vista a su alrededor.

El médico venido de Judea no estaba ya a su lado, que, cercado de vívidos resplandores, se elevaba hacia la bóveda azul del cielo.

—¿Quién eres, señor, quién eres?—exclamó la princesa, atónita y delirante.

—Soy tu esposo, soy el que dió la salud a la hija de Jairo, que te padecía el mal que tú padeciste; soy el que dijo: Cualquiera que dejase casa o hermano, o padre, o madre, o mujer o tierra por mi nombre recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.

En la orilla del lago azul, que hoy llaman de San Vicente y está en tierra de Briviesca, hay una pobre ermita, donde vivió solitaria la hija del rey moro de Toledo, que hoy llaman Santa Casilda.

CASOS Y COSAS

El asesinato engendra el asesinato.

Los monstruos de la Commune francesa, cuando sus manos chorraban sangre humana, murieron ellos también víctimas del crimen. Los lobos, así que se les terminaron los cerderos, se devoraron ellos mismos.

Los monstruos mejicanos, hastados ya de sangre inocente, se han embastido entre sí, clavándose las garras.

Obregón, salpicado de piés a cabeza de sangre inocente mejicana; Obregón, el de corazón duro como de hiena, ha sido asesinado al final de un banquete.

Un monstruo ha devorado a otro monstruo.

¿Quién ha sido el asesino?

¿Un católico?

No.

El que asesina, no es católico.

¿Quebrantas los mandamientos de la Ley de Dios?

¡Pues has quedado en esos hechos fuera del catolicismo!

Y para volver a ser católico practicante, es necesario limpiar esas manchas.

El cristianismo manda: No matar.

¿Matas?

No eres buen cristiano; no eres de ellos, aunque por casualidad estés entre ellos.

El asesino de Obregón, no es católico practicante; no ha obrado conforme a la doctrina cristiana.

El asesino de Obregón, es un practicante de las doctrinas del mismo Obregón; de las doctrinas de Calles: es un obregonista o un callista que ha dado a beber a sus maestros la medicina que ellos mismos habían inventado y estaban aplicando.

Los Mandamientos cristianos dicen: No matarás.

Los mandamientos de Calles y Obregón dicen: Mata; mata sin juicio y sin ley; mata a todo el que te estorbe.

Y esta doctrina es la que ha practicado el asesino de Obregón.

Los católicos mejicanos, cuando les han asesinado a algunos de los suyos, se han congregado junto a sus muertos, han orado, han protestado en nombre de la justicia, han apelado al testimonio de la historia..... ¡nada más!

Ahora que ha caído uno de los jefes revolucionarios hay que ver la zambra que se ha armado.

Los obregonistas no quieren dejar un laborista, por ser estos a los que el pueblo acusa del crimen.

Los laboristas truenan contra los obregonistas.

Y el rabino Calles, como Neron cuando la quema de Roma dice a unos y otros: Son los católicos.

Ahora, que los agrarios y el pueblo en general contestan a Calles: ¡Son los socialistas!

Dice un periódico de la izquierda La Voz, que los católicos españoles, a diferencia de los demás del mundo, están anquilosados.

Este de la anquilosis, gusta mucho a los periódicos izquierdistas.

Sigue como antaño el sistema de los notes.

De los notes retumbantes. ¡Anquilosamiento! Ahí es nada el miedo que da oír tal nombre. Los periódicos, como La Voz, se han olvidado que la discusión *con notes* ha envejecido tanto como los morriones.

Los que así lanzan nombres despectivos pudieran denominarse «los anquisecos.»

Los anquilosados no tienen movimiento; pero son hombres; los an-

quisecos tienen movimiento, pero únicamente para dar coces.

La aviación española pretende dar la vuelta al mundo en el Numancia.

Brava es la hazaña y para bien templados pechos.

Nosotros tenemos firme esperanza de que el avión español sea el primero que dé la vuelta completa a nuestro planeta.

Pero si el éxito no acompañase al pensamiento, bastaría para enorgullecernos y llenarnos de satisfacción el sólo intento y el planeamiento del vuelo.

A Hernán

## SAN CRISTOBAL, patrono de los chófers

En día 19 de los corrientes se celebra la fiesta del popular San Cristóbal.

¿Por qué han adoptado los automovilistas por patrono a San Cristóbal? ¿Por qué se le pinta en forma gigantesca llevando al Niño sobre sus hombros? Comenzando por lo segundo, a San Cristóbal se le representa llevando a Jesucristo sobre sus hombros por alguna analogía de su nombre que significa «el que lleva a Cristo»; y de forma gigantesca por exageración de los pintores, con algún fundamento de la estatura elevada del Santo.

De él dice el himno Toledano: Prócer de estatura, más prócer de alma, refulgente en la mirada, vibrante en el corazón, rutilante en sus cabellos, Cristóbal suena a Cristo «en sus labios, suena a Cristo en su corazón».

Esto, exagerado por los poetas y pintores, hizo que significasen a San Cristóbal llevando a Cristo, no ya en el nombre; no ya en el corazón, sino en lo exterior, en los hombros; y, como pasó por muchas tempestades en este mundo, levándolo por entre las aguas; y, como tenía buena estatura, le dieron estatura gigantesca; y como se le atribuye el milagro de haber reverdecido una vez la vara que usaba, por eso se le pone un cascón de árbol florido en ella.

Algunos cuentan que un ermitaño dijo a San Cristóbal: —Siendo tu de tal estatura, harías bien en quedarte

junto a este río, y pasar de un lado a otro a los que quieran.

Y que así lo hizo Cristóbal. Un día, pues, —añaden— pasó a un niño, que pesaba tanto, que le dijo Cristóbal: —Niño, me has puesto en tanto apuro como si pasase el mundo en mis hombros. —No te extrañe, le respondió el niño, pues has pasado ro al orbe, sino al que hizo el orbe.

Esto podrá ser leyenda, pero la verdad es que Cristóbal llevó sobre sí a Cristo en su alma. Y por todo esto ha sido elegido patrón de los conductores y de los conducidos por sitios peligrosos, para que San Cristóbal, así como llevó al Niño seguro en su corazón, y según la leyenda a toda aquella gente, así lleve a los que van en auto móviles, con toda seguridad.

## Filosofía rústica

Al célebre conde de Campanones, yendo a caballo por las inmediaciones del sitio de San Ildefonso, donde a la sazón se hallaba la corte de Carlos III, llamó la atención una planta y se bajó a examinarla.

Aprovechándose el caballo de este momento de libertad, salió a galope a lo largo del camino. El conde le siguió, le llamó, el caballo se detuvo; pero en el momento de ir a cogerle volvióse a escapar. Un niño que lo vió, corrió tras él al camino y llegó a tiempo para coger la brida del caballo, la que tuvo firme hasta que pudo asirla el dueño, quien admiraba el semblante tranquilo y satisfecho del muchacho.

—Gracias, le dijo: le has tenido muy bien, ¿Qué te daría por el favor?

—No necesito nada, respondió el niño.

—¿No? Hay pocos hombres que digan otro tanto. Pero, dime: ¿qué haces en este campo?

—Arrancar la mala hierba y guardar carneros.

—¿Y no querrías mejor jugar?

—Eso no es trabajo.

—¿Cómo te llamas?

—Pedro, como mi padre.

—¿Qué edad tienes?

—Ocho años por San Miguel.

—¿Desde qué hora estás en el campo?

—Desde las seis de la mañana.

—¿Y no tienes hambre?

—A'go, pero ya comeré.

—Si tuvieses una peseta ¿qué harías?

—¿Qué se yo! ¡Nunca he tenido tanto!

—¿No tienes juguetes?

—No sé lo que es eso.

—Cosas bonitas.

—Tomás sabe hacer lazos para cazar pájaros y tengo unos zancos para andar sobre el barro; tenía un aro pero se ha roto.

—¿No te gustarían otras cosas?

—¿Para qué las quiero, si no tengo tiempo de jugar? Con llevar los caballos al campo, tener cuidado de las vacas y hacer recados del pueblo se pasa el día tan divertido.

—Pero si tuvieses dinero, podrías comprar manzanas y bollos cuando vas al pueblo.

—Los hay en casa, y mi madre hace tortas los domingos, mejores que los bollos.

—Me parece que tienes los zapatos rotos; ¿no querías otros mejores?

—Tengo unos nuevos para los domingos.

—No importa, así van los pies más frescos.

—Y tu sombrero está roto también.

—Tengo otro también, pero prefiero éste porque el otro me aprieta la frente.

—¿Y qué haces cuando lueve?

—Me meto debajo hasta que pase la nube.

—¿Y cuándo tienes hambre?

—Como nabo crudo.

—¿Y si no lo encuentras?

—Tengo paciencia. Ya me ha sucedido algunas veces; pero estando ocupado no se hace caso del hambre.

—¿No tienes sed cuando hace calor?

—Sí señor, pero no falta agua por aquí.

—¿Pues sabes, niño, que esa es la verdadera filosofía?

—Verdadera... ¿qué?

—Filosofía, ya sé que tú no entiendes de eso. Quiero decir que tú eres un chico bueno y razonable. Veo que no necesitas nada, y no has de darte dinero para crearte necesidades. Díme: ¿no vas a la escuela?

—No señor; mi padre dice que irá después de la recolección de las mieses, para Agosto.

—¿Entonces necesitarás libros?

—Tengo un Siabario y Catecismo que sirvió a mis hermanos.

—Yo me encargo de dártelos; ya diré a tu padre que lo mereces por ser un buen niño que está contento con todo...

—Gracias, y me vuelvo con mis carneros.

—Adiós, Pedro...

—Para servir a usted don... ¿Cómo se llama usted?

—El conde de Campanones, presidente del Consejo de Castilla.

—Diga usted, caballero, ¿y entien de algo de filosofía?

—No, hijo mío; a pesar de haber empleado toda mi vida en buscar la verdadera filosofía, estoy muy lejos de haberla conseguido como tú, que nada echas de menos, con lo cual eres feliz.

Y el conde pensativo montó a caballo, picó espuelas y salió a galope con dirección a la Granja.

## Notas Sueltas

*Primer premio.*—En un concurso celebrado por un periódico de los Estados Unidos, para dar con la mejor respuesta a la pregunta «¿Qué haremos con nuestras hijas?» obtuvo el premio la siguiente, que puede bien recomendarse, pues es todo un curso de filosofía práctica:

«Darles una buena y completa educación religiosa y una sólida instrucción elemental.

Enseñarlas después a coser, lavar, planchar, bordar, hacer calceta y hacerse sus vestidas; así como guisar y ser buenas reposteras.

Decirles... que para economizar es preciso gastar menos de lo que se tiene, pues de lo contrario se va a la indigencia y a la miseria.

Que aprendan a comprar, a poner la cuenta de la cocina y a dirigir los quehaceres de la casa.

Hacerles comprender que un honrado en mangas de camisa vale más que una docena de petimetres imbéciles y vanidosos.

Enseñarlas a despreciar las vanidades, y a odiar el disimulo y la mentira.

Después de todo esto se les puede enseñar el piano, la pintura, etc., pero teniendo presente que estas artes son muy secundarias en la educación.

Después de leído este periódico no le tire ni lo rompa: délo a leer.

## Rasgo de caridad

El coronel de un regimiento francés que se encontraba en las trincheras convidó un día a comer al capellán del mismo, y extrañándole que se sirviese con dificultad de la mano derecha, le preguntó la causa:

—Es que tengo en el brazo una bala hace dos días.

—Pero, ¿cómo no ha hecho usted que se la extraigan en la ambulancia?

—Y qué harían sin mí durante mi ausencia los pobres heridos?—replicó con la mayor sencillez el caritativo y heroico sacerdote.

## Rúbrica

La etiqueta de no rubricar los documentos dirigidos al Rey es puramente consuetudinaria, sin que haya precepto de ceremonial que terminantemente prescriba tal uso. Cuando el Rey Carlos III ocupó el trono de España y recibió los primeros memoriales rubricados dirigidos a su persona, hubo de preguntar qué querían decir aquellos signos después del nombre del exposante, y manifestó que le desagradaban, porque en Italia, de donde él venía apenas se rubricaba. Con este motivo, y para no disgustar a nuevo Monarca, los funcionarios, cortesanos y pretendientes omitieron las rúbricas en los documentos que presentaban al Rey, y desde entonces comenzó la costumbre que hasta hoy dura.

## Alfileres

Catalina Howard, antes de ser esposa del Rey Enrique VIII de Inglaterra, pasó algún tiempo en París; allí adquirió algunos alfileres muy raros y preciosos por entonces, y al volver a Londres en 1540 introdujo la moda, comenzando como arte lo que debía de llegar a ser industria provechosa y floreciente para la Gran Bretaña.

Cualquiera que ofreciese hoy como regalo a una dama un alfiler, pasaría por tacaño y miserable; pero en aquellos tiempos una dádiva de este género parecía el colmo de la generosidad.